

CRUELDAD ESPAÑOLA

Cuando el odio político enciende el alma española, difícil es hallar comparable con la suya. Los fueros de la naturaleza humana nada significan para esta fiera sin bozal que ve en la sangre derramada y en el exterminio sistemático, los instrumentos naturales de su obra. El siglo diez y nueve no ha podido dulcificar el temperamento histórico de la raza y así vemos centuplicarse en nuestra patria los horrores de la conquista y las tropelías y las abominaciones que en Flandes perpetraba el Duque de Alba.

Si fuese posible hacer una estadística verdadera de los horrores, anónimos los más, que el Gobierno español ha realizado o consentido en Cuba, la Humanidad quedaría petrificada por el espanto. Asesinatos y fusilamientos se suceden sin interrupción, y tras ellos, como negra cohorte, desfilan los desafueros más inauditos, las violencias más atroces y los ultrajes más odiosos.

Pero un Weyler no se satisface sencillamente con matar. Gústale hacer morir en formas nuevas, con la lentitud y los refinamientos de la agonía infamemente prolongada. Por eso ha inventado la concentración que es una de la originalidades de este monstruo. Allí el cubano, como el Conde Ugolino, se debate en el suplicio dantesco del hambriento que implora en vano piedad a corazones más duros que los paredones de la fortaleza en donde la barbarie de sus enemigos encerró al padre y los hijos.

Y como si esto fuera poco, rellénanse los buques de infelices deportados a los cuales se arroja en los antros oscuros de Ceuta y Chafarinas o en la inculta y malsana Isla de Fernando Póo, para que agreguen al martirio que les producen la ausencia del suelo nativo y la falta de calor de la familia, los rigores

de la miseria, las brutalidades del carcelero y cuantas angustias y tristezas engendran la prisión, y el extrañamiento sin término visible. Relativamente dichosos son los que mueren a la clara luz del sol de su país, pero estos desventurados languidecen sin mas compañía que su silenciosa desesperación. El suplicio está a la altura de la ferocidad de los verdugos que repiten, agravándolos, los procedimientos horribles practicados por ellos durante la guerra de diez años, para que se vea sin duda, que todo en el universo es susceptible de modificación, excepto la índole perversa de un gobierno mas cruel e indigno aun que el de Turquía.

¡Ah, los dolores de Cuba son ya viejos y cada generación ha pagado su tributo al minotauro! Los sepulcros de hoy se cavan en los sepulcros de ayer y al ahondarse la tierra, los huesos ya mondados de los que perecieron en la pugna anterior parece que abren sitio a los huesos de los sucumben en la actual. Pasa lo mismo con los calabozos y presidios donde las víctimas del día hallan el rastro del compatriota que antes purgó en la misma tétrica mansión el delito de nacer en la colonia.

Pero esto prueba precisamente la tremenda energía de nuestro pueblo y su resolución irrevocable de romper para siempre la cadena que lo amarra a una metrópoli sin entrañas. Fracasaría, que no fracasará, la presente Revolución y las generaciones siguientes emprenderían su camino hacia el calvario con la misma enteraza, con idéntico heroísmo, con la sublime devoción de quien lo acepta todo; grillos, cadalso, destierro, hambre, miseria, menos la continuación del vergonzoso dominio español sobre una tierra consagrada por el martirio.

La herencia es espantosa, pero el cubano lo acepta complacido.

Cuba y América, New York, agosto 15, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA